

La reina Victoria de Inglaterra y el príncipe Alberto

En las horas sagradas de la noche

Primera gran sorpresa: la reina Victoria no era victoriana, si por ello entendemos esa personalidad estricta y amputada de la propia emocionalidad; esa disociación represora y puritana que Stevenson simbolizó en su novela *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Muy al contrario, la reina Victoria fue una mujer extraordinariamente sincera y espontánea; una persona arrogante y dominadora, pero llena de vida y de pasión. Para bien y para mal, estaba tallada en una sola pieza: era una gota minúscula de obcecación y fuego.

Segundo dato inesperado: la reina Victoria fue joven. Estamos acostumbrados a recordarla en la cúspide de su poder, esto es, en las fotos de la madurez, gruesa y deforme como un sapo, con los ojos saltones y una boca amarilla de bulldog, pero en realidad Victoria fue coronada a los dieciocho años. Por entonces era una especie de gnomo de los bosques, muy bajita, tirando a rellenita, el pelo medio rubio, los ojos azules e inocentes aún no tan salidos de las órbitas, ya algo mofletuda pero pasable, una Reina-niña llena de entusiasmo: "Se ríe con ganas, abre la boca, enseña unas encías no muy bonitas, come con

tantas ganas como ríe, se podría decir que zampa”, registró un cortesano; “se somroja y se ríe a cada paso de forma tan natural que, no es extraño, desarma a cualquiera”.

Desde el primer momento cautivó a todo el mundo. Era un éxito fácil, porque llegaba al trono después de una larga lista de soberanos necios y tarados. La locura familiar de los Hanover planeaba sobre ella; y de hecho la Reina bordeó el abismo. El padre de Victoria era el duque de Kent. (hijo a su vez de aquel rey demente que fue Jorge III), y su madre era una princesa del ducado alemán de Sajonia-Coburgo, cuya línea dinástica también estaba atiborrada de indeseables. Esta princesa y su hermano, el rey Leopoldo de Bélgica, decidieron educar a Victoria con gran austeridad y dentro de la más estricta moral, para que se apartara de la degeneración de las dos cortes, la inglesa y la sajona. El mundo estaba evolucionando vertiginosamente y emergía el sólido poder de la burguesía industrial y la clase media. La monarquía, Leopoldo lo sabía bien, tenía que convertirse en otra cosa si quería sobrevivir a las crecientes presiones revolucionarias. Para que todo pudiera seguir igual, era necesario cambiar algo.

Victoria, huérfana de padre desde los siete meses, fue criada bajo las instrucciones de Leopoldo. Nunca se le permitió estar sola, apenas si jugó con otras chicas y durmió en la misma habitación de su madre hasta los dieciocho años. Esto último era en parte por seguridad: los Hanover estaban enfrentados los unos a los otros en intrigas palatinas espeluznantes, y la madre de Victoria temía que la niña fuera secuestrada o incluso asesinada por su tío el duque de Cumberland, que era un monstruo ultracorrecto. De manera que Victoria creció en una corte dieciochesca, con todas sus miserias y sus tinieblas; y con

su reinado, la monarquía británica entró en la modernidad novecentista.

En 1837, cuando le comunicaron que su tío Guillermo IV había muerto y que, por lo tanto, ella era la Reina, lo primero que hizo Victoria fue ordenar que trasladaran su cama fuera de la habitación de su madre; y lo segundo, pasárselo de maravilla. Le entusiasma mandar, ser la soberana de la primera potencia del mundo, recibir plerresías, cumplir airosamente con su papel; ya digo que todo el mundo estaba encantado de contar con una reiniciata tan profesional tras tantísimos años de gamberros. “Siempre tengo que trabajar *una enormidad*, pero *me encanta* este trabajo”, anotaba Victoria en su diario. Escribía con muchísimos subrayados y mayúsculas, con una vehemencia adolescente y cursi propia de su edad y de la mediocre formación intelectual que le habían dado. Era considerablemente inculca, pero poseía disciplina, y sentido práctico, y las mejores intenciones. Cuando a los once años supo que iba a ser Reina, dijo con total convencimiento: “Seré buena”.

Tenía, sobre todo, una idea clarísima de su propia majestad y una aguda percepción de su lugar. Y ese lugar era a la vez arrogante y humilde, despampanante y sencillo, como el de una Reina de cuento o de leyenda. Poseía un sentido innato de la autoridad y estaba convencida de que, por el hecho de ser la Reina de Inglaterra, estaba autorizada a mandar mucho. Esto le creó problemas con sus Gobiernos. Al principio de su reinado, Victoria era una apasionada *wbig* (el partido progresista) y odiaba a los *torres* (los conservadores); ese odio le hizo intervenir en la política de manera dudosamente constitucional, impidiendo que el jefe de la Oposición formara Gobierno. Para entonces habían pasado dos años desde su as-

censo al trono, y la pequeña Victoria ya no parecía tan estúpida: era demasiado imprudente y obcecada. Era una Reina que quería reinar, lo cual podía acabar siendo un gran peligro.

El maquinador rey Leopoldo había decidido, años atrás, que Victoria debía casarse con Alberto de Sajonia-Coburgo: así todo quedaba en la familia. El príncipe Alberto era primo carnal de Victoria y había nacido tres meses después que ella. Su padre, el duque, era un tipo dispado y mujeriego; su madre, cansada del maltrato, huyó a París con un oficial de la corte cuando Alberto tenía cuatro años, y murió en aquella ciudad poco después.

Alberto era un niño tímido, melancólico, enfermizo, inteligente. Es posible que los escándalos que rodearon su infancia le influyeran de manera reactiva para conformar en él un carácter tremendamente riguroso, ordenado y puritano. Le gustaba la música, leer, estudiar; también cazar, y montar a caballo. Pero no le gustaban las mujeres. "El Príncipe siempre tendrá más éxito con los hombres que con las mujeres, en cuya compañía muestra muy poca complacencia", escribió el barón Stockmar, una especie de tutor que el omnipresente Leopoldo puso a su sobrino. Lytton Strachey, en su deliciosa biografía sobre Victoria, insinúa que, por entonces (a los diecinueve años), el Príncipe mantenía una relación íntima con un joven oficial inglés, el teniente Francis Seymour.

Es muy posible, en efecto, que Alberto fuera homosexual, pero no creo que llegara a culminar ninguna relación: era un hombre demasiado reprimido para ello. Sin embargo, esa trastienda no asumida tal vez pueda explicar mejor la complejísima personalidad del Príncipe, que era a la vez un hombre progresista y un reaccionario, un déspota y un delicado intelectual. El sí que fue el perfec-

to victoriano: era Dr. Jekyll, y llevaba encerrado al pobre Mr. Hyde en la estrecha cárcel de su voluntad.

Victoria y Alberto se habían conocido por primera vez a los diecisiete años, sabedores ambos de que la familia aspiraba a casarlos. Estuvieron juntos un par de semanas, y la adolescente y regordeta Victoria se quedó preñada de su primo. Porque Alberto era alto y guapo hasta el desmayo, con un cuerpo juncal e increíbles ojos azules. El diario de la por entonces todavía Princesa está lleno de anotaciones, furiosamente subrayadas, sobre los labios, los dientes, la mirada, la gracia, la inteligencia y el encanto de "mi *querísimo* primo Alberto". El, por su parte, se limitó a reseñar que Victoria "era muy amigable". Cuando al fin el muchacho se marchó, ella quedó desconsolada: "Lloré sin parar, amargamente".

No se volvieron a ver hasta tres años después. Victoria llevaba dos siendo la Reina de Inglaterra, y estaba disfrutando de su independencia y de su poder. Cuando el primo de Sajonia-Coburgo anunció su llegada, ella no se sentía demasiado dispuesta a comprometerse: "No quiero casarme hasta dentro de tres o cuatro años". Tampoco a él se le veía demasiado feliz; de hecho, postergó el viaje varias veces. Pero el intrigante Leopoldo estaba decidido a juntarlos; así es que al fin Alberto llegó a la corte inglesa el 10 de octubre de 1839. Era un jueves. El lunes, Victoria le comunicó a su primer ministro que quería casarse inmediatamente con Alberto; y el martes la trepidante Reina se declaró a su primo: "Le dije que *me comaría de felicidad* si aceptaba mi petición [de boda]". De nuevo habían obrado milagros esos ojos, esos dientes blanquísimos, esos labios sensuales, ese talle tan fino y esos hombros tan anchos, accidentes físicos del muchacho que Victoria describe golosamente, una y otra vez, en sus diarios.

La Reina, en fin, ama con locura a Alberto; y Alberto, por su parte, ama ser amado, sobre todo por la Reina de Inglaterra, y más aún cuando esa Reina es un personaje tan lleno de vida y con una pasión tan desbordante: “¿Cómo es que he merecido tanto amor, tanto afecto?” la escribe, pocas horas después: “En cuerpo y alma siempre tu esclavo, tu leal Alberto”. Está aturullado, alucinado, conmovido ante el paroxismo emocional que él (pobre de él, siempre tan retraído y tan solo) parece citar. Alrededor del azorado Príncipe, la fenomenal Victoria relampaguea: “¡Oh! ¡Sentir que soy amada por un Ángel como Alberto es un *placer demasiado grande para poder describirla!* ¡El es *la perfección*, la perfección en todos los sentidos, en belleza, ¡en todo!”.

A los dos meses eran marido y mujer, pero los comienzos no fueron fáciles. En primer lugar, porque no gustó que la Reina se casara con un Príncipe pobreton y extranjero: se le hicieron coplillas insultantes, se habló de braguetazo... Y además, en fin, los dos tenían tan sólo veinte años y eran completamente distintos de carácter. Ella adoraba bailar hasta altas horas de la madrugada y luego ver salir el sol; él se quedaba dormido a las diez de la noche. Ella era toda energía, alegría y aturdimiento; él era un intelectual enfermizo y triston. Y, sin embargo, consiguieron construir una relación extrañamente sólida.

A las seis semanas de la boda, Victoria se quedó embarazada: “¡Era lo ÚNICO que me espantaba que sucediera!”. A la pobre Reina le desesperaba tener hijos, pero tuvo nueve, uno detrás de otro: la mayoría de ellos apenas si se llevaban once meses. Tras el noveno, en 1857, el médico le prohibió tener más niños: “¿Eso quiere decir que no voy a poder seguir divirtiéndome en la cama?”, preguntó la compungida, carnal y muy inocente Reina.

Es posible que a la pobre no la sacara nadie de su ignorancia, porque, en los años posteriores a aquel parto, Victoria y Alberto discutieron más de lo habitual, como si les faltara el cobijo sin palabras de la cama.

En realidad siempre discutieron mucho: ella tenía un carácter muy fuerte y perseguía a su marido de habitación en habitación, dándole la bronca, mientras él callaba tercamente. Pero Alberto siempre acababa saliendo con la suya, porque ella continuaba amándole de un modo desesperado; y él, maravilla de las maravillas, seguía encontrando algo fundamental en ese amor y jamás cedería con otra (ni con otro). La Reina era su deber, y a él se entregó; pero además Victoria era probablemente lo más vital que Alberto tuvo jamás en su existencia. En 1861, pocos meses antes de su muerte, el Príncipe escribió a su mentor Stockmar: “Mañana nuestro matrimonio cumple veintitún años. ¡Cuántas tormentas lo han barrido! Y, sin embargo, continúa verde y fresco y echando raíces vigorosas”. Se entendían, sí. Paseaban los dos por los bosques de Balmoral, viajaban de incógnito por Escocia... y, sobre todo, trabajaban cada día codo con codo en las áridas tareas del Estado.

Porque, a medida que el tiempo fue pasando, la figura de Alberto se agrandó más y más para la Reina. Inteligente, culto y laborioso, el Príncipe había conseguido no ya ganarse la confianza política de Victoria, sino convertirse en su consejero y su único apoyo. Era él quien le escribía los discursos, quien le decía lo que tenía que contestar a sus ministros. Y fue Alberto quien ideó, organizó y sacó adelante, contra todo tipo de dificultades, la famosa Exposición Internacional de 1851, una celebración de la técnica, la paz y el futuro que resultó ser un completo éxito.

Pero, al mismo tiempo, Alberto mantuvo un peligroso pulso contra el poder político. El desarrollo de la nueva sociedad democrática exigía que la monarquía fuera perdiendo progresivamente su poder real y que se convirtiera en un puro símbolo constitucional. Sin embargo, Alberto se opuso a ello con todas sus fuerzas. Era un Príncipe autocrático empeñado en mandar, participar, opinar, organizar. Se immiscuía en todo, volvía locos a los ministros. Iba a contrapelo del fluir de los tiempos.

Temperamentalmente, Victoria era mucho más autoritaria y más mandona; pero poseía un notable sentido práctico, y al final acababa siendo más dúctil. Alberto, en cambio, era un ideólogo, un moralista, un hombre inflexible. Una inflexibilidad que el Príncipe aplicó también a sus hijos varones. Sobre todo al mayor, Bertie, con quien se comportó de una manera despótica y cruel: le obligaba a trabajar incesantemente, no le permitió jugar con otros niños... Cuando el muchacho cumplió diecisiete años, su padre le envió un informe explicándole que entraba en el mundo adulto y que "la vida se compone de deberes". Al leerlo, Bertie se echó a llorar.

Pero Alberto no exigía de sus hijos otra cosa que la misma mutilación que él se había hecho. Este hombre sarcástico y frío, incapaz de mostrar sus emociones, era un prisionero de lo correcto. Y así, había que comportarse con propiedad costara lo que costase: de hecho a él le costó primero la felicidad y, luego, la vida.

Porque el Príncipe era cada día más infeliz. Su belleza ("de tenor extranjero", dice desdeñosamente Strachey, que era un esnob) se deterioró rápidamente: engordó, echó papada, se quedó calvo ("ahora parecía un mayor-domo", remacha Strachey). Sólo quedaban sus ojos, siempre maravillosos, profundos, melancólicos. Hipo-

condríaco y depresivo, se había entregado al trabajo de un modo patológico, hasta la obsesión, hasta el extenuamiento. Extenuado estaba en noviembre de 1861, y también alicaído y hartó de sí mismo: "Si enfermase gravemente, no me esforzaría por conservar la vida: no me interesa tanto". En una visita oficial se empapó bajo la lluvia y cogió un resfriado. Fue empeorando semana tras semana, y al cabo se supo que tenía fiebres tifoideas. Murrió el 14 de diciembre, sin ruido, sin espasmos, sin lluchar. Tenía cuarenta y dos años. La Reina aulló como una bestia herida: "¡Ya no queda nadie que me llame Victoria!". El trono es un lugar muy solitario.

Entonces Victoria fue atrapada por la locura de los Hanover. Ella creía que iba a morir inmediatamente, pero en realidad vivió aún cuarenta años más. Y durante todos ellos vistió de luto. "¡Oh! ¡Yo que recé todos los días para que pudiéramos morir juntos! ¡Yo que sentí cómo me abrazaban aquellos benditos brazos, cómo me sostenían y apretaban en las horas sagradas de la noche, cuando parecía que el mundo era sólo nuestro y que nada nos podría separar!", escribió Victoria, con estremecedora elocuencia, al principio de su duelo interminable, recordando ese universo íntimo de penumbras y sábanas que es el secreto indecible de las parejas.

Destrozada y medio demenciada por el dolor, la Reina ordenó que pusieran una foto del Príncipe sobre la almohada y se acostaba abrazada al camisón de Alberto. Además los sirvientes tenían que sacar todos los días ropa limpia para el Príncipe, y cambiar el agua de su lavamanos (este rito se mantuvo durante cuatro décadas). Victoria abandonó toda actividad pública; incluso se negó a asistir a los consejos de sus ministros. Al fin, y después de mucho presionar, se logró que la Reina se sentara en una

habitación adyacente y que escuchara las deliberaciones a través de la puerta abierta. Después, un intermediario transmitía sus regios comentarios a los ministros. Por los gobiernos europeos empezó a circular el rumor de que la reina Victoria se había vuelto completamente loca.

Mantuvo esa actitud durante cuatro años; y después, en vista de que, contra lo que esperaba, seguía viva, volvió a ir asumiendo sus responsabilidades poco a poco. Nunca abandonó los morbosos ritos mortuorios, pero en 1865 se trajo a Londres a John Brown, un rudo escocés que había sido el *valet* de Alberto y que a partir de entonces fue el criado privado de la Reina: la acompañaba a todas partes, dormía en una habitación contigua a la de ella, trataba a su Señora con una familiaridad hartó chocante. Diecinueve años duró esa relación, sin duda amorosa, aunque no se sabe bien si llegó a ser carnal (teniendo en cuenta la vitalidad de Victoria, tiendo a pensar que sí), hasta la muerte de Brown en 1883. La Reina, en fin, sobrevivió a casi todo el mundo, incluidos cuatro de sus hijos. Cuando falleció, octogenaria y en 1901, fue enterrada en un carísimo panteón junto a su amado Alberto. Murió aparentemente en plena gloria, siendo la gran Emperatriz de la India y la orgullosa Reina de Inglaterra; pero en realidad la monarquía había ido perdiendo todo poder ejecutivo durante su reinado; y además empezaba el nada victoriano siglo XX y el declive fatal del Imperio Británico.

Los Borgia

Querido padre, querido hermano

Hace cinco siglos que murieron, pero el nombre de los Borgia (del papa Alejandro VI, de sus hijos César y Lucrecia) sigue sabiendo a oscuridad y veneno. Personificaron a la perfección el Renacimiento, esa época monumental, luminosa y sombría, que supuso el tránsito del feudalismo a la modernidad. Bárbaro y refinado al mismo tiempo, el mundo renacentista descubrió la Razón y el Individualismo: es la hora de Leonardo da Vinci, de Copérnico y de Galileo, de Erasmo y de Kepler. Pero se seguía torturando por sistema, se quemaba a los herejes en las plazas públicas, se creía en brujas y en prodigios, se abusaba, se mentía y se asesinaba. César Borgia y el papa Alejandro abusaron, mintieron y asesinaron especialmente bien, incluso para los parámetros de la época. Tan bien que Maquiavelo escogió a César como modelo principal de su celeberrimo *El príncipe*. Tanto Alejandro VI como su hijo fueron hombres encendidos por la ambición del poder y la gloria, pero también por las pasiones de la carne. Es muy posible que los dos fueran amantes de Lucrecia, hija del Papa y hermana de César. Este incesto triangular y célebre es uno de los rincones más impenetrables dentro de sus turbulentas biografías.

La saga de los Borgia había empezado unos años antes, cuando el español Alfonso de Borja, arzobispo de Valencia, fue elegido Papa en 1455 con el nombre de Calixto III. Al parecer, y para los niveles de la época, este Pontífice no era especialmente sinvergüenza. Fue un buen jurista, y su único descarrío notorio consistió en un desenfundado nepotismo, ese vicio tan hondamente español. En los tres años que duró su mandato, Roma se llenó de familiares, amigos y compatriotas del Borja, todos con cargos estupendos. Sobre todo benefició a su sobrino Rodrigo, al que nombró vicescanciller, el primer puesto en importancia después del mismo Papa.

Este Rodrigo Borja, enseguida italianizado a Borgia, había nacido en Játiva en 1431. Tenía diecisiete años cuando fue nombrado obispo de Valencia gracias a las influencias de su tío, y veinticinco cuando alcanzó la poderosa vicescancillería. Desde entonces hasta su proclamación como Pontífice, treinta y seis años después, el hábil y manipulador español mantuvo su cargo bajo diversos Papas. Era un hombre fuerte, de grandes narices, ojos penetrantes y labios gruesos. Un físico carnoso y animal que, en contraste con su refinada educación y su elegancia, debía de resultar irresistible: "Atrae a las mujeres como el imán al hierro". Decir de él que fue un mujeriego es quedarse muy corto: tuvo una fama imperecedera de inmoral, y los relatos picantes de sus orgías cortán de boca en boca, hasta el punto de que el papa Pío II tuvo que reconvenirle por escrito a causa de una bacanal especialmente notoria.

Sería sin embargo un gran error considerar a Rodrigo Borgia como el más malvado de los malvados sin tener en cuenta que vivió en una sociedad perversa y corrupta en donde el crimen y la atrocidad eran algo común. Mientras que en el resto de Europa empezaban a confor-

marse los grandes estados modernos, Italia vivía fragmentada en un puñado de pequeños estados y repúblicas: Milán, gobernada por los Sforza; la señoría de Venecia, con sus nobles y su dux; Florencia, bajo el puño de los Médicis; Nápoles, en donde reinaba una dinastía aragonesa; y Roma, el feudo del Papa. Todos se odiaban y se temían entre sí, de modo que hacían lo posible por fastidiar y fragmentar los poderes enemigos: se aliaban, se traicionaban, se engañaban, se guerreaban y se asesinaban, sobre todo por medio del puñal nocturno y de la ponzoña. "El veneno formaba parte de la familia", dice Guillaume Apollinaire en su delirante libro sobre los Borgia. Era un mundo bestial: Galeazzo Sforza, señor de Milán, envenenó a su madre. El cardenal Hipólito de Este, cuñado de Lucrecia Borgia, le sacó los ojos a su propio hermano; Malatesta violó a sus hijas y a su yerno. Todas estas tropelías y estas matanzas crepusculares quedaban impunes, o en todo caso eran respondidas por otros asesinatos, por las *faibide* o venganzas legales.

Por entonces Roma era mucho más pequeña que cualquiera de sus ciudades: enemigas: contaba con unos 80.000 habitantes, cifra que incluía a unas 8.000 prostitutas (las cuales, por cierto, le pagaban al Papa un impuesto anual de 20.000 ducados). Más que una ciudad, Roma era un inmundo villorrio medieval que apenas si ocupaba la tercera parte de las fantasmales ruinas de la Roma clásica, y que estaba permanentemente arrasado por la peste y por la delincuencia. Las oscuras y peligrosas noches romanas se llenaban de antifaces y revuelos de capas, de gemidos y sangre. Todos parecían dedicarse en Roma al arte de matar, desde los truhanes a los príncipes: "Cada día se encuentran aquí gentes asesinadas, cuatro o cinco cada noche, incluso obispos", registró un cronista de la época.

No se sabe con exactitud cuántos hijos tuvo Ricardo Borgia. Cuando se enamoró de Vanozza Caranei ya tenía por lo menos tres vástagos, y con la bella Vanozza (a la que casó tres veces con maridos consentidores, para disimular) tuvo cuatro hijos más: Juan, su ojo derecho, que recibió el título de duque de Gandía; César, a quien destinó para la vida religiosa (con sólo seis años de edad le hizo canónigo de la catedral de Valencia, rector de Gandía y archidiácono de Játiva, cargos todos con pingües beneficios); la dócil Lucrecia, a la que casó tres veces por intereses políticos, y Godofredo, el pequeño, bueno e insustancial. César no quería ser eclesiástico, pero de todas formas su padre le nombró obispo de Pamplona a los dieciséis años y cardinal a los dieciocho, haciendo nuevos alardes de nepotismo (de *nepoti*, sobrinos, que era como se denominaba por entonces a los hijos de los Papas y de los cardenales).

Para cuando Rodrigo fue elevado al papado en 1492 con el nombre de Alejandro VI, el valenciano tenía sesenta y un años, llevaba tres manteniendo como amante a la bella Julia Farnesio, de dieciocho, y era un hombre temido y poderoso. Compró su pontificado con prebendas, cosa que por otra parte era lo habitual. "Inmediatamente después de su elección, Alejandro VI repartió sus bienes entre los pobres", escribió un malévolo cronista coetáneo: y a continuación daba la lista de todos los cardenales que se habían beneficiado de sus "regalos". Toda esa pordumbre de la Iglesia católica provocaría poco después la ruptura regeneracionista de Lutero y Calvino.

De los Borgia existe una abundante documentación histórica, y la mayoría de las cosas que se dice sobre ellos son atrocidades. Hay que tener en cuenta que muchas de las fuentes contemporáneas están movidas por la enemistad y el interés, de modo que no resultan muy fiables. No

obstante, es evidente que cometieron multitud de desmanes. Alejandro VI, por ejemplo, pidió ayuda al sultán turco contra el cristiano rey de Francia (todo esto en mitad de la época de las cruzadas) y éste le contestó que le daría 300.000 ducados si asesinaba a su hermano Djem, a quien el Papa mantenía como rehén (Djem murió poco después, al parecer envenenado por César). Rodrigo era un Pontífice implacable que vendía los cargos vaticanos para sacar dinero para sus guerras (en 1502 nombró a nueve cardenales a razón de 20.000 ducados por cabeza); que exigía a César que arrasara la ciudad de Bracciano "sin perdonar a mujeres ni niños"; y que escribía cartas tan chuscas como aquella en la que, devorado por los celos, amenazaba de excomunión a su amada Julia porque ésta se había ido de viaje con su marido. Además de recibir constantes críticas por su conducta indecorosa y sus orgías, el Papa fue acusado de cosas peores: de asesinar a los enemigos o de envenenar a los cardenales ricos y viejos para apropiarse de sus bienes.

En cuanto a César, la mayoría de las fuentes contemporáneas dan por seguro que él fue quien liquidó a su propio hermano, Juan, el duque de Gandía, por celos profesionales y fraternales. Además está demostrado que mandó asesinar al segundo marido de Lucrecia, y se le achacan por añadidura muchas otras muertes, tanto por su propia mano como por la de Michelotto, su verdugo a sueldo. El sucio e impenetrable río Tíber terminaba tragándose los cadáveres de sus víctimas.

El famoso veneno usado por los Borgia era la *cantarella*, una mezcla secreta de orines desecados, sales de cobre y arsénico. Dicen que esta ponzoña fue la que mató al propio Papa. Según confesó un criado que luego fue ajusticiado, Alejandro VI le había dado unos polvos para

que los eclara en el vino de un cardenal rico al que quería liquidar. Pero hubo algún error, y el Papa y César bebieron también del vino envenenado. César estuvo agonizante y Alejandro murió. Aunque también es posible que falleciera de la malaria o "mal aire" de Roma, que era una plaga endémica.

Pese a su mala fama, Lucrecia no parece tener ningún asesinato en su conciencia. En realidad fue una víctima, una mujer dulce y dócil atrapada entre dos energúmenos. Tenía unos ojos azules muy claros, casi desteñidos; carnosidad de boca y de nariz, su rostro era muy semejante al de su padre, aunque estos rasgos, que quedaban bien en un varón, no la favorecían demasiado. Pero era una muchacha sensual y llena de vida, con una cabellera rubia espectacular y probablemente un *sex-appeal* notable. Estaba a punto de cumplir los trece años cuando su padre la casó con un Sforza. Es de suponer que para entonces ya no era virgen: las bacanales del Vaticano y los probables tratos incestuosos debieron de corromperla muy temprano. Sea como fuere, dicen que la casi niña Lucrecia divirtió en su boda a la concurrencia desnudando provocativamente al enano Mandrino, el bufón de su esposo.

La inestabilidad política hizo que poco después los Sforza se convirtieran en enemigos, y entonces el marido de Lucrecia, avisado por ella de que César planeaba matarle, huyó a sus posesiones fuera de Roma. Alejandro VI quería anular la boda y exigió al Sforza que declarara que no había consumado el matrimonio, a lo cual éste se negó, indignado, acusando al Papa de incesto con su hija. Pero al fin, y tras ocho meses de presiones, el ex marido claudicó. Llevaron a Lucrecia ante el tribunal de la Rota y los preladitos la declararon *virgo intacta*. Como el ex marido había admitido la ausencia de relaciones, no fue necesario llevar

a cabo engorrosas comprobaciones físicas. La anulación debió de producir un inmenso jolgorio en toda Roma, porque, para cuando fue certificada como virgen, Lucrecia lucía una hermosa panza de más de seis meses.

Se trata de una historia muy enigmática. Sola en Roma, Lucrecia quedó embarazada de alguien y dio a luz en 1498 al llamado *infante romano*, que fue legalizado en 1501 por Alejandro VI por medio de dos bulas secretas: en una de ellas se le reconocía como hijo de César Borgia y de una mujer no casada, y en otra como hijo del propio Papa. Poco antes del nacimiento de la criatura se rumoreó que el padre era el camarero preferido del Papa, un tal Perote, que apareció muerto en el Tíber con las manos atadas a la espalda, lo mismo que Pentesilea, la más fiel criada de Lucrecia (dos asesinatos más atribuidos a César). Pudo suceder así, efectivamente, pero el niño también pudo ser hijo de César o más bien del Papa, y el camarero preferido y la criada pudieron morir por saber demasiado. Lucrecia contaba por entonces diecisiete años; estaba en el esplendor de su belleza y se encontraba sola en el Vaticano, a merced de su padre y su hermano. Justamente en aquellos meses, tras haber sido abandonada por su esposo, Lucrecia hizo algo insólito: se internó en un convento de monjas en contra de la voluntad de su padre. En realidad Lucrecia se había fugado del Vaticano: la policía pontificia fue a buscarla una semana más tarde, y sólo el valor de la abadesa, que se negó a entregar a la muchacha, consiguió salvarla de regresar a casa. ¿De qué huía tan desesperadamente Lucrecia? Yo la imagino atrapada en el asfixiante, enloquecedor amor del incesto, a medio camino del éxtasis y de la muerte. Lucrecia pasó seis meses en el convento, y sólo salió de ahí para presentarse al tribunal de la Rota.

Dos meses después de dar a luz, Lucrecia es casada con Alfonso de Bisceglie, hijo natural del rey aragonés de Nápoles. Alfonso tenía diecisiete años y era considerado el joven más bello de Italia. Con él, Lucrecia conoció el amor adulto y se liberó del canibalismo emocional de su familia. Estaban muy enamorados y tuvieron un hijo al que nombraron Rodrigo, cómo no, en honor del abuelo. Fue un paréntesis de dicha que duró dos años: hasta que César ordenó asesinar a su cuñado. ¿Por razones políticas? Es posible, pero no suficiente. Sólo los celos amorosos le dan al crimen una causa creíble: César no debía de soportar que Lucrecia fuera tan feliz con otro.

El 15 de julio de 1500, Alfonso fue cosido a puñaladas y dejado por muerto. Pero era joven y fuerte, y se fue poniendo poco a poco, custodiado en una de las habitaciones del Vaticano y atendido día y noche por Lucrecia y por la hermana del herido, Sancha, que le cocinaban allí mismo las comidas, en un infemillo de campaña, para evitar que fuera envenenado. Un mes más tarde, Michelotto, el sicario de César, entró en la habitación del convaleciente con el pretexto de detener a un pariente de Alfonso. Sancha y Lucrecia, aterradas, se enfrentaron al verdugo. Michelotto les dijo que fueran a hablar con el Pontífice, y aseguró que él obedecería lo que Alejandro VI decidiese. Lucrecia y su cuñada corrieron a pedir clemencia al Papa: pero, en cuanto las jóvenes abandonaron la habitación, Michelotto estranguló al pobre Alfonso.

Lucrecia se sumió en el dolor más agudo, y el Pontífice, lejos de comprenderla, se irritó ante su pena (¿también él estaba celoso?): "Doña Lucrecia, prudente y generosa, había gozado hasta entonces de los favores del Papa, pero en la actualidad ya no la ama", escribió a la sazón el embaajador veneciano. Tanto lloró Lucrecia que le permitieron

marcharse de Roma, y la joven se encerró en su castillo de Nepi, en donde recubrió las paredes con lienzos negros y se vistió de luto riguroso. Hasta allí fue a verla el tenebroso César, dos meses más tarde: no era posible librarse del pasado, no había modo de huir del pegajoso, invasor y letal amor de la familia. Lucrecia recibió protocolariamente a su querido y odiado hermano, al asesino de su marido; a él y a sus hombres les sirvió en vajilla de plata, ella y su corte cenaron en vajilla de barro y ataviados de luto. César, que contaba veinticinco años y había sido muy hermoso, tenía ya el rostro desfigurado por las llagas purulentas de la sífilis. Debió de ser una cena tremenda.

Aún casaron a Lucrecia una vez más, en 1501, con Alfonso de Este, futuro duque de Ferrara. Al parecer ella estaba muy contenta con la boda, cosa que los historiadores no se explican, porque Ferrara era una corte cruel en la que los hermanos se dedicaban a sacarse los ojos los unos a los otros, y porque el áspero Alfonso había dejado bien claro que no apreciaba a su futura esposa lo más mínimo (el Papa tuvo que *comprar* el matrimonio por medio de una suculenta dote). Pero es evidente que Lucrecia sólo podía escapar del Vaticano (y de sí misma) casándose con alguien, y a ser posible con alguien que la llevara a vivir fuera de Roma.

En su nueva corte, Lucrecia se rodeó de poetas y músicos. Durante los diecisiete años que pasó en Ferrara se le atribuyeron un par de historias amorosas (tal vez platónicas, tal vez carnales), pero en general vivió una existencia sosegada y digna: asistía diariamente a misa y realizaba numerosas actividades caritativas. Murió en 1519, a los treinta y nueve años, tras dar a luz a su undécimo hijo; hacía una década que llevaba clico. Aunque estar lejos del Vaticano pareció ayudarle a serenar su vida,

Lucrecia nunca olvidó a su padre y a su hermano. De modo que bautizó a dos de sus hijos con el nombre de Alejandro, e hizo todo lo posible por ayudar a César cuando éste cayó en desgracia y fue hecho prisionero por Fernando el Católico.

El Papa falleció en 1503; César murió en 1507, en España, en un combate solitario y suicida contra veinte enemigos. Lucrecia lloró a los dos hombres del mismo modo que años antes había llorado a su querido Alfonso de Bisceglie. César la había visitado un par de veces en su nueva corte, pero Lucrecia no había vuelto a ver a su padre desde el día que salió de Roma en dirección a Ferrara. En aquella ocasión, y mientras el cortejo se alejaba, el Pontífice había corrido desalado de una ventana a otra del Vaticano para despedirse de su hija. Pero cuando que, aquel último día, Lucrecia Borgia no se volvió a mirarle.